

JAMES JOYCE EN ESPAÑA

Julio M. de la Rosa

En 1985, la profesora María Elena Bravo¹ publicó un estudio riguroso donde se analizaba cuidadosamente la “llegada” de las primeras novelas de William Faulkner a España. En enero de 1933, en la siempre atenta *Revista de Occidente*², apareció el primer artículo escrito en español sobre Faulkner. María Elena Bravo describe el panorama cultural español enriquecido en aquellos momentos por la esperanza y las expectativas de la República y nos va señalando los detalles de la inicial aceptación de la obra del novelista norteamericano por parte de los nuevos lectores y la crítica española ante el desafío de una narrativa tan sorprendente como crucial. La aparición de *Santuario*, en 1934, colocará a William Faulkner en el punto de salida. Una influencia decisiva aparece entonces para los novelistas españoles, que irá aumentando progresivamente hasta nuestros días.

Me he referido al libro de María Elena Bravo porque, con respecto a James Joyce, no conozco ningún texto parecido que nos ilustre de manera sistematizada sobre las primeras penetraciones —sin duda polémicas, imagino— de la obra del autor de *Ulises* entre los lectores españoles. Sabemos que en noviembre de 1924 y también en *Revista de Occidente*, Antonio Marichalar publicó un excelente trabajo, “James Joyce en su laberinto” que después, con algunas variantes, serviría de prólogo a la ya célebre traducción de Alfonso Donado (Dámaso Alonso) a *El artista adolescente*.

¹ M^a Elena Bravo. *Faulkner en España. Perspectivas de la narrativa de posguerra*. Barcelona: Ediciones Península, 1985.

² Lino Novas Calvo. “Dos escritores norteamericanos”. *Revista de Occidente*. 115 (1933): 92-103.

Dublineses apareció en español en 1942 con el título de *Gente de Dublín*, en versión de Ignacio Abelló. Pero estos datos sueltos componen una información bastante pobre y fragmentaria, de manera que la persona interesada carece de las mínimas perspectivas históricas acerca de como fue recibida la obra de James Joyce en España, país muy peculiar en sus escasos hábitos de lecturas y mucho más tratándose de Joyce, cuyos presupuestos —bien lo sabemos— no fueron fáciles ni dirigidos precisamente a lectores convencionales.

Mi encuentro con James Joyce fue más bien de oído y contagio, a través sobre todo de artículos y ensayos en su mayoría bastante crípticos y donde Joyce aparecía siempre como el mítico y secreto constructor de un nuevo y revolucionario lenguaje. Un encuentro privado realizado en difíciles circunstancias que se produjo por fin después de una laboriosa aventura cuando abrimos *Ulises* en una traducción, creo que publicada en Buenos Aires, de amarilla portada y letra minúscula. Aquella primera lectura interminable con papel y lápiz que me ocupó todo un verano, no resultó muy esperanzadora y desde luego no podía compararse con la emoción que me ofreció en su día la misteriosa escritura de Faulkner, los relatos de Hemingway o las novelas de Cesare Pavese. Años después, en 1976, la traducción de José María Valverde del *Ulises* constituyó un suceso fundamental y un decisivo replanteamiento personal que me impulsó a una relectura de toda la obra de Joyce, favorecida por un viaje a Dublín y una serie de estudios críticos de apoyo que fui haciendo.

Cuando los hombres de mi generación empezamos a escribir, estaban en pleno auge los novelistas de la “generación del medio siglo”, los “niños de la guerra”, supervivientes de una etapa durísima de la vida española, que fueron haciéndose escritores en un medio hostil y difícil, construyendo sus obras con rigor ejemplar. Personalmente, novelas como *El Jarama*, de Rafael Sánchez Ferlosio, *Los bravos*, de Jesús Fernández Santos, *Gran Sol*, de Ignacio Aldecoa o *Duelo en el Paraíso*, de Juan Goytisolo, me interesaron bastante más que las obras de Cela, Laforet, Delibes o Ignacio Agustí. Los planteamientos lingüísticos y técnicos de los narradores de la generación del 50 me parecían mucho más estimulantes y cercanos a los que entonces estaban vigentes en la novela europea que por aquellos años apenas si podíamos vislumbrar y mal leer por causas bien conocidas.

A esta nómina mencionada se incorporarían años después escritores tan representativos como José Manuel Caballero Bonald, Juan García Hortelano y, sobre todo, Luis Martín-Santos y Juan Benet. Se puede afirmar sin exageraciones que entre estos escritores españoles —junto con otros novelistas extranjeros cuya mención y detalle alargarían mucho la lista— nos fuimos criando literariamente y publicando los primeros libros. Pues bien, aunque no quisiera parecer excesiva-

mente contundente, en el mucho trato personal incluso que tuve y sigo teniendo con ellos, a ninguno le oí el nombre de James Joyce como una influencia o lectura fundamental entre las muchas que mencionaban en nuestras largas y muchas veces polémicas conversaciones. El dato, supongo, resulta curioso y más todavía cuando no se puede decir, ni mucho menos, que los hombres del 50 sean un grupo de autodidactas más o menos fervorosos. Fueron los primeros universitarios españoles que retornaron a las aulas después de la guerra civil; la tensión intelectual y la avidez por la literatura organizada fue siempre una de sus características. Sirva como muestra sus años de estudiantes en Salamanca, la fértil aunque breve experiencia en torno al profesor Rodríguez Moñino y los números publicados de *Revista Española*.

Entre todos los escritores de la “generación de los 50” fue Ignacio Aldecoa al primero que conocí y con el que más trato y amistad tuve. Dotado de una humanidad admirable, poseía Aldecoa una cabeza muy bien organizada y una predisposición casi felina para la polémica. En su casa de la calle Blasco de Garay, en Madrid, pasé horas inolvidables de conversación. Pocas veces —por no decir ninguna— le escuché el nombre de Joyce. Muy rico en lecturas (había publicado ya tres novelas y la mayor parte de sus magistrales relatos breves), recuerdo su entusiasmo por *Moby Dick*, sus constantes alusiones a Cervantes, a Stephen Crane, cuya *Roja insignia del valor* le parecía una gran novela, su afición a Conrad, a Valle-Inclán, a Faulkner sobre todo, al que consideraba un novelista aparte aunque peligrosamente contagioso para los escritores jóvenes. Aldecoa como lector y estudioso no practicaba nunca las “medias tintas”. Sus admiraciones y repul-sas las expresaba siempre con claridad y a veces con una rotundidad excesiva. Sus diatribas contra Cela, por ejemplo, eran tan mortíferas como agudas.

En casa de Ignacio Aldecoa conocí a Jesús Fernández Santos, que era una persona contenida y bastante menos vitalista. Debía ser por el año 1958 o 59. Fernández Santos había leído muy bien a Cesare Pavese, el neorealismo de *Ladrón de bicicletas*, Vasco Pratolini, Italo Calvino y, en general, toda la novela italiana de posguerra, cuya carga ética le parecía un verdadero “modelo” de “realismo social”, que era por entonces el movimiento básico entre los narradores del “medio siglo”.

Mi conocimiento con Rafael Sánchez Ferlosio fue bastante improductivo y desconcertante. El autor de *El Jarama* —una de las novelas más celebradas e iniciáticas de mi juventud— parecía desenamorado de la narrativa, cuya escritura —según me dijo— había abandonado por considerar que la novela era un género tan periclitado como banal. Ferlosio, en efecto, dejó de publicar y se entregó de lleno a lo que parecía ser una intensa y nunca bien aclarada tarea de lingüista.

En este balance que no quiero alargar demasiado, puedo afirmar que en mi trato y conversaciones con los autores mencionados y con los restantes miembros del grupo —Carmen Martín Gaité, Juan Goytisolo, Ana María Matute, Juan García Hortelano, José Manuel Caballero Bonald— muy pocas veces se trató el tema de James Joyce. Mi primera conversación sería sobre Joyce —a raíz de la inicial lectura de *Ulises* a la que ya me he referido— tuvo lugar en el Café Gijón y precisamente con un escritor español hoy injustamente olvidado, Alejandro Núñez Alonso, que recién llegado a España y antes de iniciar su conocido periplo histórico, acababa de publicar en Destino una novela cuya lectura me había parecido muy estimulante y diferente. En *La gota de mercurio* descubrí una fuerte influencia de Joyce. Complacido ante mi curiosidad —la novela había pasado desapercibida por la crítica—, Núñez Alonso me habló extensamente de Joyce con un conocimiento perfectamente asimilado y maduro. Había leído *Ulises* con papel y lápiz, conocía Dublín, *El retrato del artista adolescente*, *Dublineses* e incluso *Finnegans Wake*, a la que calificó de gigantesca locura lingüística. El inmenso universo de Joyce —recuerdo que me dijo— pone al descubierto el aldeanismo realista de la novela española. A Joyce aquí no lo ha leído nadie. Muy confortado salí de aquella conversación y de nuevo me dispuse para emprender otra lectura de Joyce que resultó mucho más provechosa. Como escollo, como estímulo o aventura lo cierto era que Joyce estaba ya instalado para siempre delante de mi vista. Joyce y su obra como un viaje interminable que afortunadamente todavía no he concluido.

Recuerdo la muerte, en 1964, de Luis Martín-Santos. Como ocurre casi siempre cuando se trata de una obra auténticamente rompedora de moldes, *Tiempo de silencio* pasó desapercibida cuando se publicó en 1962, no sólo por los lectores, sino por la crítica de entonces. *Tiempo de silencio* saboteara cumplidamente los presupuestos dogmáticos del realismo social, agotaba la fórmula, lo ponía al descubierto e indicaba la necesidad imperiosa de nuevos cambios narrativos. La muerte de su autor provocó una revisión de la novela y fue entonces cuando se habló de “realismo dialéctico” y de las múltiples influencias y, por supuesto de James Joyce como uno de los principales cómplices del texto de Martín-Santos. No puedo detenerme aquí para señalar la influencia de Joyce en *Tiempo de silencio*, tema estudiado en muchas ocasiones por la crítica especializada.

Al llegar a este punto, me asalta una duda bastante inquietante: ¿de qué manera estoy contestando a la propuesta temática de “James Joyce en España”? Tengo la impresión de haber anclado en un error de perspectiva tratando de buscar las huellas de Joyce exclusivamente entre los novelistas de una generación con resultado evidentemente negativo. Crónica de una indagación inútil. La tan comentada presencia de Joyce en la narrativa contemporánea, ¿no será una influencia más reverencial que real? En mi caso particular creo que sí. Dejando a

un lado —si ello fuese posible— la figura de Joyce como el creador de un “nuevo lenguaje”, el autor de *Ulises* fue siempre para mí un enorme ejemplo moral, una forma irreplicable de asumir la vocación literaria, una manera de vivir la literatura y el trabajo del estilo. Esta forma de encararse con su destino de escritor es lo más llamativo de Joyce. Pobre, en el exilio, muchas veces enfermo, James Joyce supo vencer con voluntad sobrehumana las tentaciones de la adversidad. Se reconozca o no, todos los que pretendemos trabajar con las palabras, somos deudores de su herencia y de su fortaleza.